

## La Colonia Tolstoyana

San Bernardo, 11 de Mayo de 1928.

Señor don

Hernán Díaz Arrieta.

Santiago.

Estimado amigo:

Muy interesante su artículo sobre d'Halmar publicado en «Zig-Zag»,\* pero noto algunos vacíos en lo que se refiere a la colonia tolstoyana. Conocí mucho a d'Halmar en su juventud, y sobre todo la colonia tolstoyana, de modo que me hallo en situación de darle algunos datos por si Ud. quiere hacer algo más completo sobre este escritor chileno.

Más o menos en Noviembre de 1904, Luis Ross Mujica, a quien había yo conocido poco antes en la redacción de «El Chileno», me invitó a ir un Domingo a San Bernardo, a fin de conocer a Thomson y la colonia tolstoyana. Hicimos el viaje en el primer tren y regresamos en la tarde. Los «colonos» residían en una casita vieja que constaba sólo de dos cuartos, uno en pos de otro, un corredor y un sitio de unos cuarenta metros de fondo por ocho de ancho. Estaba ubicada la casita en la calle Eyzaguirre, cuadra y media al norte de la Alameda, lado oriente, y pertenecía a Manuel Magallanes. Me encontré

---

\* Se refiere a un artículo del señor Díaz Arrieta sobre tres prosistas chilenos contemporáneos: Pedro Prado, Pablo Neruda y Augusto d'Halmar. Las noticias que sobre este último da el señor Espinoza son del más subido interés.

allí con Thomson (d'Halmar se firmaba entonces Augusto G. Thomson), Fernando Santibáñez Puga (Santiván) y los pintores José Bakhaus, Julio Ortiz de Zárate y Pablo Burchard. También formaba parte de la colonia un joven poeta llamado Ignacio Herrera, que precisamente ese mismo día de mi visita se arreglaba para regresar a Santiago. A este joven Herrera no volví a verlo después, y a lo que parece no persistió en hacer versos. Tenían los colonos otro sitio más extenso, también de propiedad de Magallanes, a unas cuadras de allí hacia el sur, y en donde se ensayaban en el cultivo de la tierra, conforme a los preceptos de Tolstoy. Seguían estrictamente el régimen vegetariano en la alimentación, y ellos mismos se hacían la comida, que era muy frugal. Antes de sentarse a la mesa, Thomson leía una página de Loti (era entonces su ídolo). Loti, Ibsen, Andersen eran los dioses tutelares de la colonia, aparte de Tolstoy, a quien, sin embargo, se reverenciaba menos. El día de nuestra visita estuvieron también Magallanes y el escultor Canut de Bon. Recuerdo que Magallanes llevó una Kodak y se tomó un grupo, en que figurábamos todos estrambóticamente, con herramientas de labranza o útiles de cocina en las manos. Magallanes se caracterizó de árabe, y una sábana le sirvió de albornoz. Estas fotografías, en que yo aparezco, debe conservarlas la viuda de Magallanes.

Continué visitando asiduamente la colonia, y era raro el Domingo en que no me trasladaba a San Bernardo. En una ocasión me quedé hasta el último tren (once de la noche). Pude así imponerme en detalle de lo que era la colonia y especialmente del carácter singular de su jefe, Thomson. Ejercía realmente verdadera sugestión sobre los otros. Sus decisiones, sus opiniones eran acatadas sin réplica. Y también les jugaba algunas bromas. Un día se fingió borracho, al llegar de la calle, y todos se lo creyeron. Una cosa que me llamó la atención desde el primer instante en él es que no hablaba nunca de mujeres: parecía que las daba por no existentes; también figuraban muy secundariamente en sus cuentos de entonces. Tenía una extraordinaria facilidad para aprender versos de memoria. Leía

una vez una estrofa cualquiera, y la repetía inmediatamente. A Lofi y a Andersen se los sabía casi de memoria. No le gustaba ningún escritor español, y su ideal, según decía siempre, era reunir dinero para irse a vivir a una casita junto al mar en la Bretaña francesa. Usted debe saber que su padre era un comerciante francés de Punta Arenas, que posiblemente viva todavía, llamado Augusto Goemine. Su madre, según creo, era hermana de Manuel Thomson, que murió heroicamente en Arica, como comandante de la «Magallanes». Según él explicaba, este apellido Thomson era realmente Thonsen, y de origen escandinavo. Sus antepasados maternos habrían sido marinos.

Sobre Santiván ejerció poderosa influencia. Bajo su mano vigilante, hizo casi todos o el total de los cuentos que publicó en el tomo «Palpitaciones de vida». Por su consejo, cambió su firma por la de F. Saint Ivan, transformada en Santiván después.

La colonia tolstoyana duró hasta comienzos de 1905, pero Thomson continuó viviendo en San Bernardo, y se llevó a su familia: su abuela materna y su dos hermanas.

Con él quedó viviendo Santiván. Ocupaban una casa en la calle Barros Arana esquina de San José: más al sur había sólo potreros; limitaban, pues, con el campo. La amistad con Santiván se hizo más estrecha, y llegaron hasta adoptar una firma común. Alcanzaron a aparecer publicados cuentos con la firma «Augusto y Fernando Halmar».

Thomson obtuvo un puesto de cónsul en Calcuta, mediante el apoyo del doctor Puga Borne. Pero en Calcuta duró poco: contrajo una fiebre palúdica, y consiguió que lo trajeran al Perú como cónsul en Chiclayo (Eten). Allí permaneció cerca de diez años, hasta que reunió algo como cincuenta mil pesos. Con ellos realizó su sueño de irse a vivir a Francia. A su paso por Santiago, varios amigos le dimos un almuerzo en el Parque: ya tenía la cabeza enteramente blanca. Desde entonces—hará de esto unos doce años—no ha venido a Chile.

Sobre mí ejerció Thomson una influencia decisiva. Andaba yo entonces muy apasionado por el naturalismo, y me devoraba a

Zola y Flaubert. Thomson me hizo que persistiera en Daudet, uno de sus predilectos, y me indujo a leer todo Loti e Ibsen. Me recomendó además a d'Annunzio, Tolstoy, Gorki y Anatole France. Como resultado de sus consejos y de mis nuevas lecturas, hice de nuevo la novela «Cecilia», que tenía terminada cuando lo conocí. Mi primer cuento leído en el Ateneo obtuvo la aprobación previa de Thomson, y al efecto me escribió una larga carta de San Bernardo, llena de buenos consejos. Yo publicaba entonces cuentos en «Zig-Zag», y él, si alguno no le gustaba, me lo decía con toda franqueza. Sus consejos eran paternales: me trataba como a un niño. A veces era sarcástico, pero no ofendía. De los escritores chilenos sólo le gustaban Pezoa Velis, en primer lugar, Magallanes y algo Guillermo Labarca. Baldomero Lillo no era de su agrado. Cuando publiqué «Cecilia», me envió una halagadora carta a Illapel, donde entonces yo residía; carta que publicó «El Diario Ilustrado» (1907). Estaba ya preparándose para irse a la India.

Hay algunos que se ofenden porque los llaman discípulos de alguien. Si a mí me llamaran discípulo de Thomson, me sentiría muy honrado. Es que lo considero el primero de los escritores chilenos. Y me encontrará usted razón también para que lo mire con profunda simpatía.

Su muy afmo.

JANUARIO ESPINOSA.